



Maria Codoceo Rojas
1909-1998





BI OGR AFI A DE MAR I A CODOCEO R OJAS
1909 1998

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL



GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS





Auciosa, trabajadora, autoritaria y reservada. Esos son los calificativos más usados por quienes la conocieron. Doña María Codoceo Rojas no compartía sus aspectos íntimos prácticamente con nadie. Pero sí sus conocimientos, que eran amplios, y notablemente especializados, sobre todo para la época en que le tocó existir.

Fue la primera mujer herpetóloga de Chile. La herpetología había surgido en 1693, cuando el inglés John Ray dijo que los anfibios y reptiles pertenecían a un solo grupo, porque tenían un corazón uni-ventricular. Ahora se sabe que son diferentes, pero el famoso científico Carlos Linneo, en 1735 los denominó, a todos por igual, “criaturas abominables”.

A esas “criaturas abominables” dedicó gran parte de su vida doña María Codoceo.


Y dejó un legado que actualmente valoran en toda su magnitud quienes han seguido este escamoso sendero. Es cierto que en la década del '60 los dos “pilares” de la herpetología en Chile reconocieron los aportes de María, aunque para algunos la mención que hacen de ella no aquilata su real valía.

José Miguel Cej, autor de “Batracios de Chile”,

publicado en 1962, agradeció “a la valiente naturalista Prof. M. Codoceo, del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, a quien debo la observación del importante y raro material del sur del país”. Y Roberto Donoso-Barros, en su libro “Reptiles de Chile”, de 1966, destacó a “la esforzada naturalista de campo Prof. María Codoceo, que valerosamente ha explorado alejadas regiones del territorio del país, colectando material, guiada exclusivamente por su entusiasmo herpetológico”.

En efecto, ella era una recolectora entusiasta, pero también estudiaba, sacaba conclusiones en su laboratorio. No trepidaba en subir cerros, meterse en pantanos, o buscar bajo las rocas, para capturar ranas, sapos, culebras y lagartijas, que después analizaba cuidadosamente. Es cierto que en esa época no había conciencia acerca de la introducción de especies, las aduanas no eran tan estrictas y no se hablaba tanto de la conservación del patrimonio nacional. Así que hasta iguanas trajo de algunos de sus viajes, que comprendieron prácticamente todo el territorio nacional, de punta a punta; Isla de Pascua, Juan Fernández, la mayoría de los países de América, la selva amazónica incluida, y Europa, adonde iba a ver los grandes museos.






Pero, ¿qué motiva a una mujer a recolectar, literalmente, sapos y culebras? Pudo haber sido una curiosidad netamente científica, dicen algunos. Una vocación muy marcada, aseguran otros. Sin embargo, también la razón puede estar en su infancia.

María Codoceo nació el 24 de mayo de 1909 en Iquique, porque su padre, ingeniero, trabajaba para los británicos en las salitreras. Quizás fue en ese entorno, en pleno desierto de Atacama, donde vio a sus primeras lagartijas. Y es probable que se haya preguntado cómo podían sobrevivir en ese ambiente tan inhóspito. Su inquietud pudo ser respondida en forma elemental a través de libros y revistas que traían algunos extranjeros.

Afortunadamente, por una parte, María se crió con institutrices que le enseñaron a hablar inglés. Por otra parte, le impusieron un sistema de vida bastante rígido, donde la capacidad de no expresar sentimientos era considerada un valor. Por lo tanto, llorar en público, reír demasiado, mostrar excesivo entusiasmo, eran simplemente, conductas de mal gusto. Eso la marcó para siempre.



Sus emociones eran tan apretadas como su gruesa trenza negra, que armaba como una corona sobre su cabeza. De ojos vivaces, penetrantes, y sonrisa poco frecuente, María Codoceo poseía sin embargo, una gran sensibilidad que, curiosamente, dejaba entrever de vez en cuando, sobre todo al referirse a los animales que analizaba.

Pero la determinación también se le notaba. De hecho, aunque en ese tiempo no era usual que una mujer siguiera estudios superiores, María viajó desde Iquique a Santiago, para ingresar a la Universidad de Chile, a estudiar nada menos que Ciencias Biológicas y Química. Todo un reto, para ella y para sus profesores, que en esa época eran, en su mayoría, científicos británicos y alemanes, que habían llegado a formar esa carrera en nuestro país.

Aunque María Codoceo manejaba el inglés desde niña, se enfrentó a otro desafío: aprender alemán, porque la literatura científica sobre herpetología estaba mayoritariamente en ese idioma. Con su empeño habitual, lo logró. De hecho, obtuvo su título como profesora de Ciencias Biológicas y Química en 1932, cuando ella tenía apenas 23 años.



Hizo su tesis sobre el cambio de color producido en las lagartijas debido a la temperatura. Su profesor guía fue un destacado maestro, el Dr. Hellmich, a quien ella se refería con profundo respeto y admiración.

Se casó con Pedro Ripoll, ayudante de otro profesor. Ripoll fue probablemente el primer catedrático de Química Analítica en la Universidad de Chile. Tuvieron un hijo, Oscar. Pero ella siguió estudiando, y asistió a todos los cursos y charlas de perfeccionamiento que pudo, en las Escuelas de Temporada de la misma casa de estudios y también en la Universidad Autónoma de México. No era una dueña de casa. Nunca lo fue y nunca pretendió serlo. Con tres idiomas, no le fue difícil encontrar trabajo en establecimientos educacionales de origen extranjero. Entre ellos, el Colegio Santa Úrsula, más conocido como “las ursulinas”, vinculado a Alemania, y que fue fundado en 1938, seis años más tarde de que María Codoceo recibiera su título universitario. Ella estuvo contratada allí desde el 1º de marzo de 1954 hasta el 18 de febrero de 1971, fecha en que jubiló... sólo para ir a trabajar de lleno al Museo Nacional de Historia Natural.

Dejó huellas también como profesora.

Patricia Echeverría, actualmente de 71 años de edad, secretaria de la Madre Superiora del Colegio Santa Úrsula, fue una de sus alumnas. “Nos enseñaba Biología, desde Primero a Sexto Humanidades, que correspondían a lo que hoy es Séptimo y Octavo Básico y Enseñanza Media. La recuerdo muy bien. Era una señora de unos 40 años cuando yo la conocí. Se peinaba su pelo negro con una trenza gruesa, que arreglaba como diadema; de estatura mediana, no muy delgada, andaba siempre bien vestida, con falda, blusa y chaqueta, todo perfectamente combinado. Sabíamos que su nombre era María Codoceo, pero acostumbrábamos a llamarla Señora Ripoll, porque ése era el apellido del marido. Jamás nos habló de él, pero sí, a veces, de su hijo, diciéndonos que era muy educado, que siempre dejaba todo en orden, como ella le había enseñado. Al parecer, insistir en la disciplina era su manera de expresar preocupación, o cariño”.

“Sus clases eran muy entretenidas; nos hablaba de todos los animales, y sentía que los bichos tenían una cierta sensibilidad. A nosotras nos llamaba la atención que dijera eso, y nunca olvido que una vez nos contó:



“Vi a una polilla que estaba en el suelo, llena de hormigas... ¡y la maté, para que no sufriera!” Yo me preguntaba: ¿Qué importancia puede tener una polilla? Sin embargo, para ella, evitarle ese dolor fue un acto de compasión”.



Viajera y buscadora

A María no le bastaba con hacer clases. Quería seguir aprendiendo, más y más. Así fue como llegó al Museo Nacional de Historia Natural, que en ese tiempo era un hervidero de ideas y de hallazgos científicos.

Nibaldo Bahamonde, Premio Nacional de Ciencias 1996 y Profesor Emérito de la Universidad de Chile, la conoció desde joven. Dice: “Creo que la vi por primera vez en el Pedagógico y luego en el museo. Su marido, Pedro Ripoll, fue mi profesor de Química

Analítica, y enseñaba muy bien. En el museo existía, además, la Sociedad Chilena de Historia Natural. Era socia, como yo. Nos reuníamos el tercer miércoles de cada mes en la sala de la Biblioteca, a conversar, como amigos”.

Se hablaba de todos los descubrimientos, teorías, avances. Para ella, el museo se fue convirtiendo en un lugar conocido, familiar. Así que ofreció su colaboración en forma espontánea, sin nada a cambio, ad-honorem, para cuidar la colección de herpetología y luego, para mejorarla e incrementarla.

Ella tradujo, desde el alemán al español el estudio “Contribución al conocimiento de la sistemática y evolución del género *Liolaemus*”, escrito por Walter Hellmich, referido a las lagartijas chilenas y su distribución geográfica en nuestro territorio.

Simultáneamente, seguía haciendo clases. Pero salía de las aulas y de Santiago cada vez que le era posible. Al parecer, el dinero no constituyó jamás una limitante en la vida de María Codoceo. Lo más importante para ella era viajar, a donde podía, cuando podía y como podía. De cada expedición traía bolsos o cajas, llenas de ranas y lagartos.



No era una tarea muy delicada, y seguramente tuvo que usar pantalones, bototos, y prendas cómodas, para caminar sobre el barro o en caminos llenos de polvo. Evidentemente, debió tomar con las manos a las lagartijas y a los sapos.

Pero ella siempre se las arregló para mostrar, en público, una figura impecable, con su vestimenta en perfecto orden, y el moño en su lugar, sin que un cabello se saliera de la estructura, y con sus manos suaves y uñas esmaltadas de rojo.



Fue tan importante su aporte, que entre los años 1951 y 1956 fue nombrada Jefe de la Sección Reptiles del Museo Nacional de Historia Natural, cargo que desempeñó ad-honorem, en sus horas o días libres.

En vacaciones, como siempre, viajaba. No como turista, sino como investigadora. De algunos de esos recorridos dan cuenta una veintena de artículos que publicó principalmente en el Noticiero Mensual del Museo de Historia Natural, entre 1950 y 1978.

Esa revista, afirma el profesor Nivaldo Bahamonde, tenía como propósito la divulgación científica, sobre todo para los profesores que debían entregar información de esos temas.

El primer escrito de María Codoceo fue impreso en 1950, con el título “Reptiles de Tarapacá”, dando cuenta de los “Resultados de la Expedición Universitaria a Tarapacá en 1948”. En el artículo indicaba que en ese viaje se habían identificado siete especies de reptiles. Y que en Putre, a 3.500 metros de altura, se habían colectado 80 ejemplares de una lagartija, *Liolaemus alticolor* (Barbour, 1909), “especie nueva para Chile”. La mayoría de esos ejemplares, indicaba, “fueron cogidos en las pircas que rodean los terrenos de cultivo, o debajo de las piedras; también suelen habitar los matorrales de tola y los cactus que crecen apretados al suelo”. Añadía que “el macho presenta una banda rojiza a los costados del abdomen, que desaparecen después de fijado en formol al 10%; la hembra no presenta este color”.

Cabe suponer que, aunque en esa ocasión no estaba sola, el zurrón o bolso que portaba doña María era de tamaño considerable y de material muy resistente.





En 1954 publicó otro trabajo sobre “Reptiles de la región de los lagos valdivianos”. Correspondía a un análisis de 128 ejemplares colectados durante la Expedición del Departamento de Parasitología de la Dirección General de Sanidad a la región de los Lagos Valdivianos.



Ella estuvo allí, y escribiendo sobre los 62 ejemplares de la especie *Liolaemus pictus pictus*, especificaba que fueron “capturados en la selva vecina al Lago Caburgua, en los alrededores del Lago Colico, en regiones boscosas y junto al Lago Panguipulli”; los 23 ejemplares de *Liolaemus monticola villaricensis*, fueron encontrados “en muros de roca entre las piedras”.

8

Lo que significa que doña María buscaba y rebuscaba entre los peñascos. No sólo eso. Ya en su laboratorio, al hacer la disección de los *Liolaemus gravenhorsti*, “pude observar

que tres hembras eran gestantes y presentaban fetos a término, y es particularmente interesante señalar la nitidez con que aparece en la región superior de la cabeza, en estos fetos, la glándula pineal”.

Estudiaba a fondo, analizaba, y le encantaba estar a cargo de esa sección. Por eso, en noviembre de 1956, en el mismo Noticiario Mensual del Museo de Historia Natural publicó un artículo sobre “su reino”, bajo el simple título de “Sección Herpetología”. Allí la describió por completo, señalando que estaba ubicada en la Sala 12, que comprendía además dos stands en el Hall Central, “en uno de los cuales se exhiben tortugas marinas y tortugas terrestres, galápagos, que no están representadas en nuestro país”.

Habló también de los caimanes, de un cocodrilo africano, serpientes embalsamadas, y subrayó: “Recientemente, 10 de octubre (1956) nuestra colección se ha enriquecido con un ejemplar vivo del Género *Caretta* (que se conserva vivo en un acuario del Museo)”.

Y como para asombrar a sus lectores, añadía: “Llama la atención del público visitante la gran serpiente apretadora del Brasil, que puede alcanzar hasta 10 metros de longitud



y su grosor es comparable al de un muslo humano”. Además, se explayaba sobre las serpientes venenosas, representadas por la cascabel sudamericana y la cascabel norteamericana; la cobra “cuyo veneno se ha empleado en el tratamiento contra el cáncer”, el áspid de Egipto y otros.

Algo de ternura se deslizaba en otro escrito, en diciembre de ese mismo año 1956. Al describir a “La ranita de Darwin”, indicaba: “La presencia de este pequeño sapito añade una nota más al alegre concierto que es frecuente escuchar, en los cálidos meses estivales, en los hermosos bosques del sur de nuestro país”. (...) “No es fácil, sin embargo, ver al pequeño autor de esta melodía, pues se oculta bajo la hojarasca o bajo pequeñas alfombras de musgo, y aún de trozos de corteza de troncos caídos en los lugares más sombríos de la selva. El colorido del dorso, que varía desde el tono amarillento verdoso al verde claro, muestra a veces tonalidades cobrizas y aún grisáceas, facilitando a esta ranita el confundirse con el medio que habita”.

9

Alfombras de musgo, y aún de trozos de corteza de troncos caídos en los lugares más sombríos de la selva. El colorido del dorso, que varía desde el tono amarillento verdoso

al verde claro, muestra a veces tonalidades cobrizas y aún grisáceas, facilitando a esta ranita el confundirse con el medio que habita”.

Al año siguiente, en junio de 1957, ya entregaba los resultados de otro de sus viajes, escribiendo un artículo sobre “Anfibios de Aysén y Magallanes”, y especialmente sobre la especie del género *Eusophus*, que la gente llama “sapo colorado” (“y que es realmente de tono anaranjado”, aclaraba). A continuación, agregaba: “Pude observar, a lo largo de mi viaje, en diferentes puntos de recolección, Quitalco, Bahía Eugenia, camino entre Puerto Aysén y Coyhaique, Puyuhuapi y sus alrededores, que había posturas en distintas etapas de desarrollo”.

Está claro que observó atentamente todo el proceso de gestación. “Las hembras ponen sus huevos bajo los troncos que se pudren en los mallines o en terrenos pantanosos, en forma de masas que se van individualizando a medida que se desarrollan las larvas”.

Imaginarse a la estricta e impecable María Codoceo caminando entre terrenos pantanosos implicaba una labor imaginativa contundente.



Pero, definitivamente, a ella no parecía importarle lo que pensarán o deduzcan los demás. No hizo amistades en el Museo. Su objetivo era coleccionar, investigar, aportar. En su escrito "Conducta del sapito de cuatro ojos en cautividad" (que trajo en uno de sus viajes), describió detalladamente la caja que sirvió para el transporte, la tapa, la alimentación "que ha consistido en insectos vivos y lombrices terrestres". Observó atentamente cómo comía: "Después de haber devorado dos o tres lombrices, se zambulle en su baño, donde permanece flotando". Y aunque había hecho compartir territorio al sapito con otras especies, e incluso con parientes próximos, comentaba: "pues bien, éstos son desplazados del festín de lombrices por el robusto y agresivo sapito de cuatro ojos; a tal extremo que sólo se acercan a comer cautelosamente, cuando el otro ya se fue al charco". Sin duda, le había fabricado un charco, para que se sintiera como en casa.

En 1962 escribió, junto a Donoso-Barros, un artículo sobre "Reptiles de Aysén y Magallanes", que apareció en el Boletín del Museo Nacional de Historia Natural.

Sólo hizo gala de sus propios conocimientos del mundo en unos pocos escritos. Entre ellos


uno sobre la "Distribución geográfica de las serpientes ponzoñosas", que realmente constituye un mini-manual sobre el tema, por la forma en que las describe y en que anota los efectos de sus mordeduras. Se notaba que no solamente las había visto en libros.

Y en un relato analítico sobre las tortugas de carey, procedentes del Océano Índico, decía: "De un solo ejemplar se puede obtener de 8 a 16 libras de carey, cuyo precio en el comercio es de 5 dólares la libra, término medio".

El carey era un material muy utilizado para fabricar armaduras de anteojos y otros elementos, antes de la aparición del plástico. Ella manifestaba su compasión con las siguientes palabras:

"El método que emplean los nativos y comerciantes en carey, para quitar las placas que forman la caparazón, es cruel; consiste en quemar hierbas sobre el espaldar, hasta que el calor haga desprender las placas, que se van levantando después con un cuchillo afilado". Agregaba: "Dice un testigo ocular que "si las tortugas tuvieran la facultad de gritar, convertirían las islas donde son sometidas a esta horrible tortura, en un infierno de gritos".





Una antigua estirpe

Cuando María jubiló como profesora, en 1971, hizo otros viajes, y luego decidió dedicar su atención al Museo Nacional de Historia Natural. Se presentó a concurso para un cargo de tiempo completo. Sus competidores eran, mayoritariamente, jóvenes recién titulados en alguna disciplina científica. Ella tenía 62 años, pero poseía todos los pergaminos y los conocimientos para adjudicarse el cargo.

Fue contratada formalmente en el Museo Nacional de Historia Natural en 1972, con el cargo de Investigadora.

Pero dejó de preocuparse de los anfibios y reptiles, para dedicarse a los moluscos, en el Laboratorio de Malacología.

Herman Núñez, actual Curador del Área de Vertebrados del Museo, y herpetólogo, la conoció cuando él estudiaba Biología, en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y fue a ver la colección de reptiles del museo.

“A primera vista, esa señora de pelo negro, con su trenza cruzada sobre la cabeza, me pareció un poco hostil, como si me preguntara, sin palabras, ¿qué viene a hacer usted aquí? Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que ella era generosa en la entrega de sus conocimientos. A mí siempre me fascinaron los cocodrilos, serpientes y culebras, y ésa también era la pasión de doña María, quizás porque constituyen una estirpe muy antigua. Llevan 300 millones de años sobre el planeta. De los anfibios surgieron los reptiles, que reinaron por 180 millones de años, en el período mesozoico. El hombre lleva apenas cinco millones de años aquí. Ella sabía mucho sobre una amplia variedad de temas.

De repente hablaba como alemana, porque sus maestros en herpetología fueron alemanes. Cuando yo le llevaba algunos ejemplares, y le hacía algún comentario, sacaba su libro, su “Biblia”, “Die Eidechsen Chile insbesondere die Gattung Liolaemus”, y veía si aquello estaba ya descrito o investigado. A veces me decía: “Aquí donde pongo la uña le voy a mostrar una escama que...”

Subraya Herman Núñez que andar buscando lagartos y sapos, por los años '50, era algo

insólito para una mujer, y se le reconoce su gran labor en el trabajo de campo. Recorrió Chile entero, se metió en barriales y andurriales; hizo aportes de vanguardia para dar a conocer nuestra fauna, que es bastante rica, ya que existen unas 130 especies de reptiles, y de las cuales unas 100 corresponden a lagartijas, número considerable para un país pequeño como el nuestro.

Por eso, Núñez, junto al investigador Pincheira-Donoso, el 2005, le rindieron un homenaje netamente científico a María Codoceo, al bautizar una subespecie como *Liolaemus pictus codoceae*. A muchas personas puede parecer extraño que se le ponga un apellido humano a una lagartija, pero en el mundo de la ciencia es todo un honor y un reconocimiento.

Es cierto, reconoce Herman Núñez, que el carácter de María era muy firme, y no vacilaba en decir lo que pensaba. Una anécdota la refleja de cuerpo entero:

“Había un mueble valioso, que debía sacarse de una oficina, sin destinatario fijo. Un investigador estaba interesado en llevárselo a su sala. Doña María también quería el mueble. El le preguntó: ¿Por qué se lo va a llevar usted, señora Codoceo? Ella zanjó la discusión con una frase rotunda: “Porque usted

es un caballero, y yo soy una dama”. Y se hizo el traslado a la oficina de ella”.

Esa actitud la convirtió en todo un personaje en el museo, incluso para quienes no trabajaron directamente con ella, como Nieves Acevedo, actual Curadora del Área Antropología del Museo Nacional de Historia Natural. “A veces nos veíamos en los pasillos, o porque debía llevarle algún documento. Me llamaba la atención que siempre estuviera tan bien peinada, maquillada, con las uñas pintadas, tan femenina, y tan sólida al mismo tiempo”.

Sin embargo, al parecer, en su vida enfrentó momentos de gran amargura y tristeza. Tuvo un hermano que falleció mucho antes que ella; un matrimonio que no pudo continuar, y un solo hijo, Oscar, que murió trágicamente en 1974.

A nadie le contó nada. Y si lo hizo, debe de haber pedido que esa confidencia no saliera jamás de los labios de quien la recibió. Eso se ha cumplido cabalmente.

Quizás una manera de evitar el dolor de las heridas emocionales fue volcarse en el trabajo. Nieves Acevedo lo explica así: “La gente que está metida en la ciencia es un poco ermitaña.



No tienen tiempo para perderlo en cosas intrascendentes. Ir a terreno, tomar muestras, elaborar hipótesis para entregar un nuevo aporte, es lo que caracteriza a un verdadero investigador. Y ella era una gran investigadora, sin duda alguna”.

El único discípulo

Oscar Gálvez Herrera fue su único discípulo en Malacología. Actualmente es Administrador de la Base de Datos Biológicos del Museo, que será un inventario de la biodiversidad nacional.

El conoció personalmente a María Codoceo, cuando llegó al Museo en 1971, como estudiante del Centro Nacional de Museología que había sido fundado allí en 1969, para preparar técnicos que supieran cómo administrar y mejorar los museos. Hizo la práctica en el Laboratorio de Malacología, que ya estaba a cargo de doña María. “A primera vista no era una persona que despertara mucha simpatía, pero le dije: “Me gustaría saber si puedo trabajar con usted”. Me respondió, seria, pero amable: “Bueno, ¿qué días tiene tiempo?” Cuando llegué, el primer día, me dijo “¿Ve esa cantidad de

frascos? Hay que lavarlos todos”. Así que los lavé, y me di cuenta de que no sabía hacerlo bien; hasta creo que quebré algunos. Ella era exigente, y poco tolerante. No aceptaba la flojera, la dejadez, el que la gente no tuviera ambiciones o no se formulara preguntas. Le otorgaba valor a la eficiencia, a la rigurosidad, a la disciplina. Tenía muchos recursos lingüísticos para demostrar su disconformidad”.

Vivía sola. Nunca se supo si se había separado de su marido, o si había enviudado. “Acá no cultivó amistades, pero conmigo era amable, quizás porque yo era obediente. Ella viajaba mucho, a lomo de mula si era necesario; se metía en las selvas, hablaba de la Patagonia, de Chiloé, del río Urubamba... cuando yo la conocí me dijo que quería aprender japonés porque tenía interés de ir a Asia”.

Oscar Gálvez dejó de verla cuando se fue a trabajar a la Universidad Católica y luego, como Director, al Museo de Puerto Williams. Sin embargo, cuando volvía de vacaciones a Santiago, pasaba a visitarla. “Llamaba para mi casa y preguntaba a mi familia “Qué es de Oscar, que no me ha escrito...” Nunca tuvo otro discípulo en malacología”.

¿Qué la motivó a cambiar las lagartijas por



las conchas, o, en términos más científicos, la herpetología por la malacología?

Es un tema que no está resuelto. Muchos creen que su pasión fueron, toda la vida, los reptiles. Pedro Báez, biólogo marino, con un Master en Estados Unidos, y actual Curador Jefe del Área de Invertebrados del Museo, sucedió a don Nibaldo Bahamonde como Jefe de la Sección Hidrobiología del museo. Heredó también a todos los funcionarios ya contratados. Entre ellos, a doña María Codoceo.

“La conocía desde antes, cuando yo era estudiante y venía a conversar con don Nibaldo; siempre pasaba a saludarla, porque conmigo fue muy cálida. Me decía: “Don Pedro, póngase cómodo. ¿Le convidó una agüita, de cedrón, de manzanilla?” Y nos poníamos a conversar.

Yo le hacía preguntas, porque ella, además de los moluscos, sabía mucho sobre los equinodermos, que son el grupo al cual pertenecen las estrellas de mar, los erizos; y los crinoideos, llamados lirios de mar, y varias otras especies exclusivamente marinas. Quizás notó que el campo marino era más desafiante que la tierra. Yo creo que le habría gustado ser biólogo marino; le ponía un entusiasmo notable a todo lo que hacía.

Había traído caracoles desde Ecuador y había organizado una sala-acuario. Cuando me mostraba algo siempre usaba la expresión “¿ve usted?” y en ese comentario había siempre una pregunta subyacente, algo así como ¿no le parece raro que esto lo haya encontrado en tal parte? Y yo le respondía “Es probable que haya sido traída por la Corriente del Niño, o bien que...” Y seguíamos hablando. Siempre me asombró su capacidad para recoger muestras”.

Cuando pasó a ser su jefe, en 1983, no hubo cambios en la comunicación. “Al contrario, al preparar los informes de fin de año y organizar lo que habíamos hecho, me decía un tanto irónicamente “Muy bien pues, jefe”, pero en un tono gentil. Estuve dos veces en su casa y conocí a su hermana. La casa era austera, pero de muy buen gusto, como ella, que siempre se veía distinguida, con su cuidadoso peinado, con el moño característico, sus manos con uñas bien pintadas, que no se condecían con los bichos que iba agarrando. Yo también he buscado reptiles en cerros y las manos quedan sucias, dañadas. A ella no se le notaba en absoluto ese trabajo de campo. A ratos me daba la sensación de que podría haber pertenecido a la alta sociedad de algún lugar como Lima, por ese aire algo aristocrático que se le notaba en su figura”.





Era buena profesora. “Observaba a los escolares que visitaban el museo; y cuando veía que tenían dudas, se metía en el grupo y empezaba a explicarles cosas, que siempre llamaban la atención de los chicos”.

A María Codoceo le correspondió realizar un trabajo trascendental: catalogar las conchas de la colección de Pablo Neruda. La tarea fue ardua, y requirió de una gran paciencia y de una extensa investigación. El poeta había donado a la Universidad de Chile, en 1953, su biblioteca, conformada por más de siete mil libros, revistas y manuscritos, y su colección de conchas de moluscos, que estaba compuesta por más de cuarenta mil caracolas, procedentes de distintas partes del mundo.

Archivar los libros fue complejo. Pero catalogar las conchas fue más complicado aún, ya que muchas eran bellísimas, pero su origen geográfico y filogenético aparecía muy difuso.

Con su impecable delantal blanco, María se entregó de lleno a clasificarlas. En 1987, el Director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile, Alamiro de Ávila, informó que “6.391 conchas han sido catalogadas por la experta Sra. María Codoceo”.

El trabajo se publicó en los Anales de la Universidad de Chile. Poco después, ese mismo año 1987, María dejó de trabajar en el Museo. Tenía problemas de salud, y su mente brillante y alerta estaba menos lúcida. Ya había cumplido 78 años de edad.

El último que la vio fue Augusto Cornejo, Administrador de las Colecciones de Vertebrados (aves, reptiles, peces, mamíferos). La había conocido, también, por el año 1972, cuando era estudiante de Museología. Tuvieron una grata relación de maestro-alumno. Incluso lo invitó a su casa, en la calle Tintoretto, cerca de Colón con Hernando de Magallanes. “Era muy reservada, pero excelente profesora. Compartía sus conocimientos, porque no era egoísta”.

María falleció en 1998, en una casa de reposo de calle Salvador, cerca del Hospital. Pedro Báez, Oscar Gálvez y Augusto Cornejo fueron a su funeral, sobrio y privado.

A ella le habría gustado que hubiera sido así, sin llamar la atención. Reservado, como ella fue durante toda su vida.

Pero el legado que dejó fue importante. Eso se reconoce en el libro “Herpetología de Chile”, recién publicado a fines del 2008, con



el propósito de recopilar la información acumulada en los últimas cuatro décadas, y divulgarla a través de un lenguaje de fácil acceso. Las editoras, Marcela Vidal y Antonieta Labra, dos jóvenes científicas con currículos de peso, subrayan los aportes de Cei y Donoso-Barros, los autores nacionales más importantes en el tema, cuyas obras constituyen los pilares de esa disciplina en nuestro país. Destacan que ambos mencionaron en sus escritos la contribución de María Codoceo, calificándola como “una exploradora del sur de Chile”.

Sin embargo, Marcela Vidal y Antonieta Labra van más allá. En el prólogo de “Herpetología de Chile”, revisado por 31 científicos chilenos y extranjeros, y publicado con el auspicio de Minera Escondida, el Instituto de Ecología y Biodiversidad, la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile y la Universidad de Concepción, indican expresamente: “Queremos hacer un particular reconocimiento a una mujer, María Codoceo (1909-1998), a quien también dedicamos esta obra. María fue coetánea de Cei y Donoso-Barros, y participó activamente en el descubrimiento y generación de conocimiento de la herpetofauna de Chile.

Con más de una decena de artículos, algunos de ellos en colaboración con cada uno de estos dos próceres, María fue capaz de participar dentro de un sistema predominantemente dirigido por hombres”.

En los capítulos 5 y 6 del libro reproducen los escritos de María Codoceo, “quien recorrió entusiastamente el territorio de Chile con el único afán de conocer la diversidad de reptiles”. Y, al finalizar el prólogo, las jóvenes científicas dicen: “Esperamos que al terminar de leerlo, concuerden con nosotras en que estas criaturas, después de todo, ¡no son tan abominables!”

Eso era exactamente lo que creía María Codoceo.

Albina Sabater Villalba

Lunes 30 de noviembre, 2009

